

BUFFALO BILL, HEROE LEGENDARIO DE LA PRADERA



Buffalo Bill, el héroe legendario del Oeste

Venció en singular combate a "Manos amarillas", el gran jefe sioux, y abrió la ruta del Oeste a través de manadas de bisontes

SEGURAMENTE que en su vejez, cuando William Cody dirigiese una mirada retrospectiva a su vida, ni él mismo sabría decir lo que en ella había de realidad o de leyenda. Esos numerosos relatos de su vida, algunos de los cuales han sido presentados como autobiográficos—aunque él, en realidad, apenas sabía escribir—, están llenos de unas aventuras, de unos trabajos y de unos peligros que habría que remontarse a los fabulosos hechos de los dioses de la mitología griega para encontrarles un antecedente. Casi se puede afirmar que los trabajos de Hércules y los tormentos de Laocoonte fueron simples ensayos al lado de las hazañas y de las torturas de William Cody, Buffalo Bill, para la historia, para la leyenda... y para los circos.

En una ocasión, prisionero de los indios y amarrado al poste de tortura, fué salvado en el momento preciso en que el gran jefe acercaba a su rostro un tizon encendido para quemarle los ojos. Fué embadurnado con pez inflamable y amarrado a la cola de un caballo salvaje, pero la tormenta apagó las llamas y logró romper las ataduras que le sujetaban al potro. El sólo salvaba diligencias, liberaba fuertes asediados, dominaba a los feroces bandidos de la pradera. Y cuando de enfrentarse con el reino animal se trataba, no había serpiente ni manada de búfalos que no se cierease bajo el plomo de su rifle. La fuerza de su brazo, la seguridad de sus sentidos, la rapidez vertiginosa de su lazo, la firmeza de su "bownie-knife", la infalibilidad de su rifle, la resistencia de su cuerpo, capaz de soportar jornadas enteras sin conocer el sueño, fueron puestas sin vacilar al servicio de los desamparados, de la justicia y de la civilización. Y numerosas fatigas y aterradoros peligros fueron marcando este apostolado. Y a través de mil muertes que le acecharon alcanzó una lozana vejez, sin una cicatriz, con la vista y el oído de un muchacho, completamente arruinado y con una gran pasión: el champán. Afición perfectamente explicable si tenemos en cuenta las jornadas de sed abrasadora que vivió en el Gran Desierto Americano. Y por encima de todo esto, el nombre que más resonancia ha tenido en los tiempos modernos: Buffalo Bill.

LA RUTA DEL ORO

En 1848, William Frederick Cody tenía dos años. En aquel año, un hombre llamado John Marshall vió en el río Sacramento de la lejana California la primera pepita de oro. Acababa de poner en movimiento uno de los poderosos motores que impulsaron la marcha del siglo XIX, y cambió de golpe la fisonomía de un país. Antes de que John Marshall removiese las arenas del río Sacramento, la gran zona central de Norteamérica no era nada más que un árido desierto, a quien sus primeros exploradores, como Zabolón Pike, habían juzgado impropio de ser cultivado y de mantener a poblaciones permanentes. Solamente los mormones se habían adentrado en aquella soledad para ponerla como una barrera entre ellos y sus perseguidores. Pero el descubrimiento del oro en California convirtió al Gran Desierto Americano, de praderas interminables, de montañas casi inaccesibles que flanqueaban su entrada, de tornados y de grandes lluvias, en el gran obstáculo que

era necesario vencer para llegar al rico y fabuloso Far West. Y también en el escenario en que iban a desarrollarse las extraordinarias aventuras de Buffalo Bill.

LA PRIMERA HAZANA

El padre de Buffalo Bill, Isaac Cody, se unió al gran exodo que llevaba a miles de hombres y de mujeres hacia los pasos casi inaccesibles de las montañas Rocosas y a los sombríos desfiladeros de Sierra Nevada. Pero a Isaac Cody le falló el valor antes de poder contemplar los dentados picos que mordían el cielo como un delfín. Hizo un alto en su camino y se estableció en Fort Leavenworth, donde el territorio de Kansas tenía aún la horizontalidad de las grandes planicies. Fort Leavenworth era un lugar árido y seco, inhabitable. Uno de tantos lugares, rodeado de indios merodeadores y bellosos, con sus casas de madera, sus cow-boys, sus buscadores de oro y un "Salón", en el que se bebía, se jugaba y se reñía. Y en el que, como ustedes pueden suponer, había esa rubia pintada, de turbia historia, que cantaba al son del piano y llevaba unas plumas en la cabeza y un vestido escotado con avvalorios; una Marie e Dietrich cualquiera. No faltaba el "sheriff" y el buscador de Ja-leos que tenía atemorizado al poblado. No insistimos en la descripción del lugar porque le han conocido hasta la saciedad a través de las películas del Oeste. El juego y el alcohol saturaban la atmósfera de brutalidad y, a

pesar del "sheriff", imperaba la ley del más fuerte o del más hábil tirador. En las películas, el más fuerte y el más diestro es el aventurero bondadoso, que se pone, al final, del lado de la razón y de la justicia; pero en aquellos tiempos heroicos no estamos muy seguros de lo que ocurriría.

En la Kansas de la infancia de Buffalo Bill, un nuevo elemento vino a aumentar este clima de aventura y de incertidumbre. Quince años antes del ataque a Fort Sutter, la guerra de Secesión había comenzado en un territorio que los esclavistas y los abolicionistas se disputaban a mano armada. Una organización clandestina recogía a los esclavos fugitivos y los llevaba al Canadá, donde la ley británica no autorizaba la extradición. Pero los esclavistas, indignados por este atentado a lo que consideraban como un legítimo derecho de propiedad, se vengaron con racias y asesinatos. Isaac Cody, partidario de la emancipación, se vió mezclado en esta lucha y fué víctima de ella. En una de las racias de los sudistas, la pequeña tienda que había instalado en Leavenworth fué arrasada. Y en una de estas escaramuzas empezó a lucir la estrella heroica de Buffalo Bill. Caballero en un potro, atravesó las guerrillas enemigas y corrió a avisar a su padre de los siniestros propósitos que contra él abrigaban las huestes de los algodones del Sur.

INDIOS, BISONTES Y FERROCARRIL

En aquel ambiente Buffalo Bill

apenas si aprendió a leer y a escribir. Pero se hizo un consumado jinete, un hábil tirador y además aprendió a no temerle a nada. Había visto caer a tantos hombres mientras apuraban un vaso de whisky, que la muerte de un hombre era para él un espectáculo familiar.

Pronto su figura se hizo popular en la ruta del Oeste que seguían las caravanas. Buffalo Bill, montaba a caballo, sujeto a bien el lazo en el arzón de la silla y, bien armado de revólver y rifle, se convertía en la escolta de las caravanas. Al paso de éstas salían los indios, los bandidos y los búfalos. Luchas sangrientas se entablaron entre los nómadas que iban en busca del oro y los temibles Sioux, que los terminaban. También estas emocionantes escenas las han contemplado en las películas y han contemplado las cargas de la caballería que venía en socorro de los atacados, o las hazañas del héroe, que él solo contenía el ataque y permitía que los carros continuasen su camino. Pues este papel de la caballería y del héroe le desempeñó en la realidad Buffalo Bill. Un hombre joven y apuesto, vestido con un traje de piel y una camisa encarnada, aparecía como un ángel tutelar montado en un caballo blanco cuando la colección de caballerías de los Sioux iba a enriquecerse con nuevos ejemplares.

En esta lucha contra los incendiarios de la pradera y contra los indios Buffalo Bill se puso del lado de la justicia. Pero otra causa, la de la civilización y el

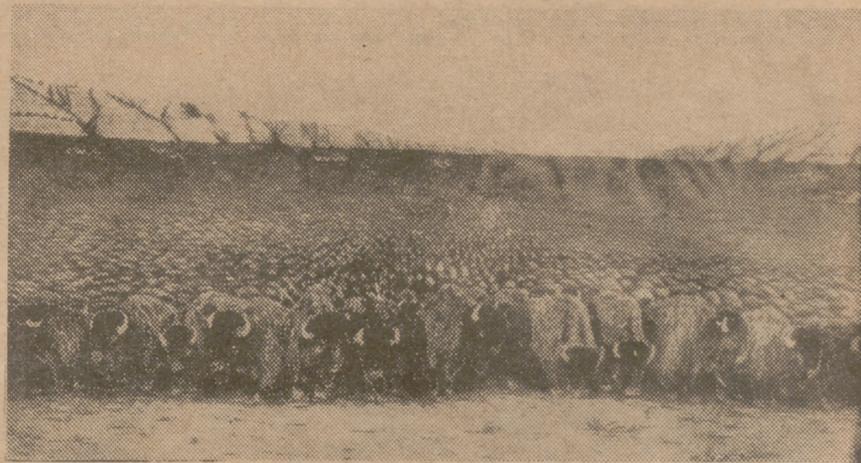
(Pasa a la página 2.)

PUEBLO

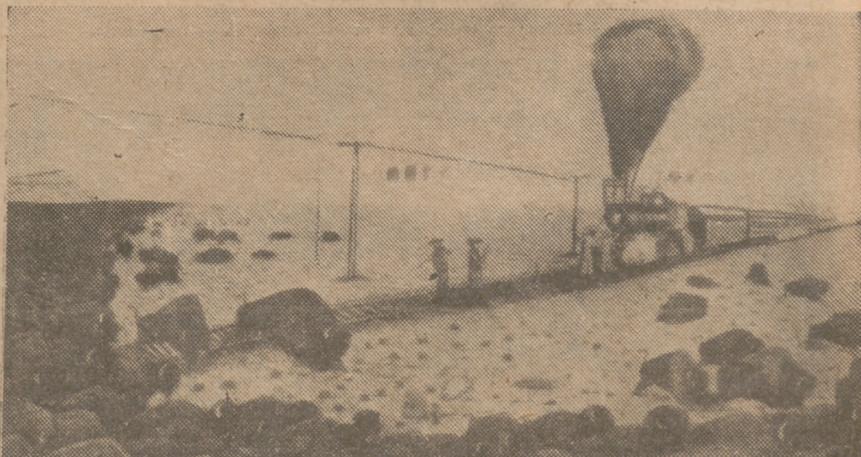
Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 29 DE ENERO DE 1935



Perspectivas de búfalos en las inmensas praderas



Grandes manadas de búfalos interceptan el paso de los trenes.

VEINTICINCO MIL NIÑOS BUSCAN A SUS PADRES

Ya no entienden el idioma paterno

TODOS los domingos dedican las radioemisoras alemanas unos diez minutos a una emisión en el curso de la cual se cita un apellido tras otro, con los cuales se esbozan al radioyente los destinos de miles y miles de niños. "Rolf Schmidt, de Koenigsberg, busca a su madre, que perdió en 1945, al huir de la Prusia Oriental. ¿Quién puede informar sobre

una niña que se llama Anette, y que hoy tiene doce años de edad? En 1944 fue separada de sus padres en Beuthen (Silesia). La señora de Müller, de Stettin, busca a su hijo, que se le extravió cuando los soviets llegaron a dicha ciudad. ¿Quién conoce el paradero de los tres hermanos Weber, que en diciembre de 1944 fueron separados de sus familia-

res en Lodz? Todo el que pueda informar, se dirigirá a una de las oficinas de la Cruz Roja." A los diez años de terminar la guerra, todos los alemanes todavía suspiran bajo esta carga. De cuando en cuando llegan algunos niños al campo de tránsito de Friedland (Baja Sajonia). Llegan de Polonia, de la Unión Soviética, de Checoslovaquia, y miran asus-



1945. Un niño alemán se ha perdido. Herido en una mano por la metralla soviética, llora por el doble dolor físico y moral.

tados lo que está pasando en torno suyo; observan las miradas escudriñadoras de las mujeres y de los hombres que están esperando la llegada de sus hijos. Ya no entienden el idioma que hace

muchos años también era el suyo. Diecisiete mil niños sin familia y 12.000 que aún cuentan con familiares vivos pasaron, en los ocho años transcurridos desde 1946, a la Alemania Occidental, de modo que han recuperado la libertad unos 29.000 niños. Pero ¿cuántos habrá aún allende las fronteras?

El Servicio de Localización de la Cruz Roja alemana, que funciona en Hamburgo, ha realizado en los últimos años una labor ingente al dedicarse a la busca de niños desaparecidos y secuestrados. Hasta 1950, la Cruz Roja sabía de 90.000 niños que no tenían ya padres, mientras que, al mismo tiempo, había recibido partes de 195.000 familias que buscaban a sus hijos. Hoy se ha alcanzado en estas cifras cierto equilibrio, pues figuran en los ficheros 25.000 niños que no saben nada de sus padres y otros 25.000 niños cuyos

padres desconocen el paradero de sus hijos. Unos 600 hasta 700 niños se reúnen con sus padres o parientes próximos todos los meses. "Muchas veces hemos de trabajar con los mismos métodos que la Brigada de Investigación Criminal—nos dicen en las oficinas del Servicio de Localización—, sobre todo cuando se trata de niños que no habían pasado de la edad de lactantes, al ser separados de sus padres, y, por lo tanto, no saber cómo se llaman. Ahí está aquel niño, cuyo único distintivo invariable era una cicatriz en forma de media luna. Nada más. Los empleados del Servicio de Localización se pasaron meses enteros buscando, tamizando y siguiendo todas las pistas que contribuyesen a resolver el caso. Por fin, todas estas actividades se vieron coronadas por el éxito, y se descubrió a la madre, que vivía en un pueblo de Baviera."

El Servicio de Localización no abandona los trabajos de identificación hasta alcanzar su propósito. No hay caso alguno al que se "dé carpetazo". Y para los empleados del Servicio es título de orgullo el no haberse equivocado en la identificación de un niño. En un caso, no había memoria de 30 matrimonios que decían que era suyo el niño en cuestión. Después de determinados los grupos sanguíneos en la Universidad de Kiel, ya hubo que eliminar una gran parte de las personas que reclamaban como suyo al huerfano. Las investigaciones que sobre los detalles antropológicos de carácter hereditario se practicaron en la Universidad de Maguncia redujeron a unas cuantas personas el círculo de los posibles progenitores. Por fin se dio con el matrimonio que, sin duda alguna, resultaba ser el que dio la vida al niño. Todas estas investigaciones históricas y biológicas, practicadas a instancias del Servicio de Localización, hasta ahora han dado resultados positivos.

Muchas veces se pudo demostrar a una madre que se equivocaba al afirmar que sólo un niño determinado, y sólo este niño, po-

BUFFALO BILL, HEROE LEGENDARIO

(Viene de primera página.)

progreso, iba a necesitar también de la fuerza de su brazo, de su pericia y de su indomable valor. La gran aventura del Oeste iba a entrar en una nueva faceta. Además de la lucha contra los indios y los ladrones, se planteó la lucha contra la distancia. Sobre las desérticas praderas empezaron a tenderse los railes del ferrocarril que iba a unir el Este y el Oeste americanos; los tentáculos de hierro iban atrayendo a las tierras, y las locomotoras llenaban de silbidos inquietos los espacios solitarios. Los trabajos avanzaban lentamente, luchando contra los años de los especu-

ladores. Y frente a los lentos trenes se alzaba una muralla infranqueable: las compactas manadas de bisontes que se estacionaban en las praderas, impidiendo los trabajos. Allí surgió providencial, rife en bandolera y jinete en su caballo blanco, Buffalo Bill. Y como los indios y como los incendiarios, los búfalos no fueron enemigos para él. En diecisiete meses mató 4.862 búfalos. Fueron tales los estragos que causó que le pusieron el apodo de Euffalo, porque Buffalo significaba bisonte (buffal), y los trenes pudieron asomarse al Pacífico gracias al esfuerzo de William Cody.

Su prestigio como rey de la pradera era tan grande que cuando como consecuencia de la derrota del general Curter se estimó necesario dar la gran batalla a los indios Sioux, Buffalo Bill fue llamado por las autoridades militares. Para evitar una batalla, nuestro héroe retó a singular combate al jefe indio Manos Amarillas, y le venció. Ante el Ejército americano, que le aclamaba, blandió como signo de victoria las llamativas plumas del sioux muerto.

Las exageraciones novelescas, el chin-chin y el infantilismo creado en torno a él no disminuyen su figura ni alteran la verdadera significación de su aventura. Buffalo Bill es el símbolo

y el resumen de uno de los acontecimientos más importantes del hombre blanco sobre la Tierra: la conquista del Oeste americano.

EL OCASO DE LOS DIOSES

El ferrocarril llegó al Pacífico, los indios se convirtieron en ciudadanos americanos y los bisontes eran unos raros ejemplares cuidados y mimados en los Parques nacionales. Buffalo Bill no tenía ya nada que hacer en América. Con su puntiaguda barba y su melena ya blancas, sin prescindir de su atuendo y rodeado de cow-boys, se presentó en Europa a hacer unas exhibiciones de rodeo. En su comitiva figuraban también unos terribles indios sioux; pero estos buenos sujetos, en cuanto se quitaban las plumas en los camerinos, se dedicaban a la conquista de Europa a través del vino y de la mujer.

Con su fastuoso espectáculo Buffalo Bill se exhibió por todas las pistas del Viejo Continente. En Verona evolucionó sobre su caballo blanco y cazó indios domesticados en el anfiteatro de Diocleciano. En Londres se construyó un circo de 40.000 localidades para su presentación, y en París su espectáculo fué una de las mayores atracciones de la Exposición de 1889.

Su prestigio fué tan legendario que el Papa León XIII quiso conocerle. Ataviado con unos colores deslumbrantes, Buffalo Bill se presentó en el Vaticano rodeado de sus cow-boys con camisas escarlatas y de sus indios emplumados, y se postró a los pies del Santo Padre.

Por unos años, su espectáculo, que reproducía incluso con toda fidelidad el asalto a una diligencia, constituyó la alegría de Europa, y en todos los lugares adonde llegaba creaba el inevitable conflicto del alojamiento de sus cow-boys, sus indios, sus caballos y de encontrar cocheras suficientes para sus diligencias.

William Cody (Buffalo Bill) murió en 1917. Sus últimos años fueron ensombrecidos por disgustos familiares y por dificultades económicas. Fué enterrado en Denver, y a su memoria fué levantada una estatua en Cody, ciudad fundada por él. Su efigie ha sido perpetuada en el lienzo por Lindneux, el pintor de la historia del Oeste, y en particular de la de Buffalo Bill, de quien fué íntimo amigo. Rosa Lonh... hizo su retrato en París cuando vino a esta ciudad con su espectáculo. Por su arrojo y por su generosidad, este hombre ha venido a simbolizar la gran epopeya americana de la conquista de su propio territorio.



Los colonos inician sus trabajos en campos cubiertos de esqueletos.



He aquí el Winchester 1873, el fusil que conquistó el Oeste.



La catastrophe de Alemania dejó sin padres a muchas criaturas como esta.

padres desconocen el paradero de sus hijos. Unos 600 hasta 700 niños se reúnen con sus padres o parientes próximos todos los meses.

"Muchas veces hemos de trabajar con los mismos métodos que la Brigada de Investigación Criminal—nos dicen en las oficinas del Servicio de Localización—, sobre todo cuando se trata de niños que no habían pasado de la edad de lactantes, al ser separados de sus padres, y, por lo tanto, no saber cómo se llaman. Ahí está aquel niño, cuyo único distintivo invariable era una cicatriz en forma de media luna. Nada más. Los empleados del Servicio de Localización se pasaron meses enteros buscando, tamizando y siguiendo todas las pistas que contribuyesen a resolver el caso. Por fin, todas estas actividades se vieron coronadas por el éxito, y se descubrió a la madre, que vivía en un pueblo de Baviera."

El Servicio de Localización no abandona los trabajos de identificación hasta alcanzar su propósito. No hay caso alguno al que se "dé carpetazo". Y para los empleados del Servicio es título de orgullo el no haberse equivocado en la identificación de un niño. En un caso, no había memoria de 30 matrimonios que decían que era suyo el niño en cuestión. Después de determinados los grupos sanguíneos en la Universidad de Kiel, ya hubo que eliminar una gran parte de las personas que reclamaban como suyo al huerfano. Las investigaciones que sobre los detalles antropológicos de carácter hereditario se practicaron en la Universidad de Maguncia redujeron a unas cuantas personas el círculo de los posibles progenitores. Por fin se dio con el matrimonio que, sin duda alguna, resultaba ser el que dio la vida al niño. Todas estas investigaciones históricas y biológicas, practicadas a instancias del Servicio de Localización, hasta ahora han dado resultados positivos.

Muchas veces se pudo demostrar a una madre que se equivocaba al afirmar que sólo un niño determinado, y sólo este niño, po-

dia ser el que ella perdiera hace muchos años. En un campo de refugiados en Dinamarca, una señora de la Prusia Oriental creía haber vuelto a encontrar a su hija. Muchos años después, cuando la señora ya llevaba años viviendo en la Alemania Occidental, descubrió a la que en realidad era su hija. ¿Y qué hizo? Se quedó con las dos niñas, porque quería a la una tanto como a la otra. Y, por ello, prohibió a la pequeña huérfana.

Por qué pasará cuando un día se presente la madre de esta niña pidiendo que se la entreguen? En virtud de la legislación actual en materia de adopción, ésta sólo se podrá anular cuando lo deseen ambas partes interesadas. Y esto suele acontecer muy pocas veces. Por ello, dicen los empleados del Servicio de Localización que las personas que prohíben a un niño refugiado, siempre deberán contar con que un día se presenten los padres del niño y lo reclamen para sí. Es preferible proceder a la adopción formal, sino encargarse tan sólo de la tutela de los niños que pasen a vivir con una familia que se ofrece a hacer las veces de padre y madre de los pequeños refugiados.

Murió "el rey del bálsamo de tigre"

Y SUS CENIZAS REPOSAN EN SU "JARDIN FANTASTICO" DE HONG-KONG

Su capricho de millonario creó la más extraña residencia del mundo



El fiero mono comedor de plátanos invita con gesto terrorífico a los visitantes no sabemos a qué extraño banquete irreal. (Foto Cifra.)



El millonario chino Aw Boon Haw, creador del increíble jardín de Hong-Kong. (Foto Cifra.)

EN septiembre último, y con pocos días de diferencia con el famoso "Rey de las Perlas", Kokichi Mikimoto, el japonés que inundó el mundo con sus perlas cultivadas, murió en Hong-Kong otro "rey" sin corona, multimillonario, conocido por el "Rey del Bálsamo de Tigre", el magnate Aw Boon Haw, que logró una inmensa fortuna vendiendo sus medicinas de hierbas conocidas por "Tiger Balm"—"bálsamo de tigre".

Así como la historia de Mikimoto dió la vuelta al mundo en las planas de los diarios y revistas de mayor tirada, la figura de Aw Boon Haw, el "Rey del Tiger Balm" y el capricho que un buen día le llevó a construir en las afueras de Hong-Kong el jardín más extraño del mundo, son menos conocidos. He aquí la historia del "Jardín de la Fantasía", producto de la exótica imaginación del millonario chino:

Ya hace algunos años que Mr. Aw Boon Haw, "El Rey del Tiger Balm", convalecía de una grave enfermedad en su tierra natal de Hong-Kong, cuando decidió dar un paseo por los alrededores de la ciudad. Dicen que al llegar a una altura solitaria, en un promontorio pelado, paisaje desnudo y sin atractivos, el "Rey del Tiger Balm" pronunció unas palabras extrañas: "Este—dijo—, este va a ser el sitio donde yo voy a construir algo." Lo que se le ocurrió construir en aquel momento a Mr. Aw Boon Haw, débil y enfermo todavía, no era un delirio de la fiebre, aunque realmente no era cosa corriente del todo y se salía bastante de lo vulgar. Efectivamente, el vendedor de hierbas "curalotodo" concibió y llevó a la práctica la más

grande "ohifadura" que podía ocurrirsele a un millonario oriental: Creó en aquella altura solitaria el más extraño jardín del mundo, poblado de las más fantásticas criaturas de piedra y levantó entre ellas unas bellísimas pagodas. La población de Hong-Kong disfruta desde entonces del capricho de Mr. Aw Boon Haw, al que todos llaman el "Jardín de la Fantasía".

El principal edificio del fantástico jardín es una construcción de cuatro pisos, pagoda de verdes mosaicos, levantada en memoria de los padres del millonario y en la que se reza periódicamente ritos milenarios en sufragio de sus almas. Siguen en importancia dos pabellones gemelos: uno en memoria de su hermano menor, que murió en Birmania durante la guerra, y otro para él, donde ahora reposan sus cenizas. La pagoda y los dos pabellones gemelos es, quizá, lo único que, dentro de sus especiales características, difícilmente conocidas de los occidentales, podrían ser clasificadas por un erudito oriental.

La significación de las demás construcciones y figuras ornamentales cae más allá de la erudición y de la cultura oriental y occidental. ¿Son simbólicos?, ¿alegóricos?, ¿mitológicos acaso? Su significado bien puede ser mitológico, alegórico o simbólico, según que la atención del investigador se centre en uno u otro de sus motivos. Para el turista profano que visita el "Jardín de la Fantasía" sin más bagaje erudito que su experiencia, el exótico jardín de Hong-Kong le recuerda inmediatamente el "País de las maravillas de Alicia", de los cuentos infantiles de Lewis Carrol, o, quizá, los buenos "films" de dibujos de Walt Disney.

Entonces el pueblo encontró la definición justa que cuadraba al curioso proyecto de conversión del solitario promontorio de las afueras de Hong-Kong en el extraño jardín del "Rey del Bálsamo de Tigre". La gente empezó a llamarlo "El Jardín de la Fantasía".

Y comprendido o no, definido o indefinible, el Jardín de Mr. Aw Boon Haw, el extraño y maravilloso jardín de la fantasía que ofrece entrada libre y gratuita a todo el mundo, es muy del gusto de los habitantes de Hong-Kong y, ¡cómo no!, paso obligado de todos los turistas que llegan a la ciudad, separada por alambradas del comunismo chino. Entre sus monstruos y extrañas criaturas de piedra pintadas de vivos colores, junto a la pagoda de verdes mosaicos levantada en honor de sus padres, y en el pabellón gemelo al de su hermano muerto en Birmania, reposan las cenizas del "Rey del Tiger Balm".

José G. DE FERNANDO



A la izquierda, una fantástica vista del extraño Jardín del "Rey del Bálsamo de Tigre". Arriba, uno de los exóticos detalles del mismo: "El cordero coronado". (Fotos Cifra.)

LAS NOVELAS HAN DE TENER TRASCENDENCIA ESPIRITUAL

Así dice el autor de "La Rusia que conocí"

Tres meses emplea en dar fin a una de sus obras

Un nuevo escritor ha venido a engrosar las filas de los que dedican su pluma al libro. La novela ha tenido en este nuevo autor un feliz intérprete, al que el público ha acogido con interés. Ángel Ruiz Ayúcar, que así se llama, de quien vamos a hablar a través de una charla con él sostenida, es un hombre joven ilusionado con esta nueva faceta de su vida, que para él constituye una verdadera vocación.

La conversación se desarrolla en un ambiente de gran cordialidad, y Ruiz Ayúcar contesta a nuestras preguntas con la mayor sencillez y sin engolamientos ni frases de las llamadas "geniales". Algo en su vida le enseñó a luchar desde muy joven, y este algo fue nada más y nada menos que nuestra guerra civil. En ella aprendió a fortalecer su espíritu y dar valor a las cosas que lo merecen. Así ha emprendido el difícil camino de escritor, y aún más que el de escritor, el de conseguir la edición de su producción, que añadimos nosotros puede considerarse con la de autores consagrados a juzgar por su último libro "La Rusia que conocí", motivo de esta entrevista.

—¿Dónde nació usted?
—En Ciudad Rodrigo (Salamanca), pero mi crianza se efectuó en Arévalo (Ávila), lugar del que guardo preciosos recuerdos. Estando en Ávila me sorprendió el Movimiento nacional, junto a cuyas fuerzas luché como alférez provisional de Infantería. Terminada la Cruzada, el año 1941 marché a Rusia con la División



Azul, combatiendo en una sección de ametralladoras hasta el año 1942, que ingresé en la Academia de Infantería, para pasar en el año 1945, a la Guardia Civil, Cuerpo en el que actualmente estoy con el grado de comandante.

—¿Empezó a escribir?
—Desde muy joven sentía este deseo. Hice algunos pinitos con artículos en revistas y muchos ensayos que, llevado de mi afición, hice; pero mi primera novela nació en el año 1953. Se tituló "La Sierra en llamas" y fue editada por la editora "Caralt", y más tarde publicada en PUEBLO. Después vino la obra que acaba de aparecer, "La Rusia que conocí".

—¿Qué procura usted que sean sus obras?
—Ante todo, humanas. "La Rusia que conocí" no es un libro político, ni siquiera un libro de guerra. Es un libro de almas. He procurado individualizar al hombre,

arrancarle por un momento del engranaje mecánico que le arrastra inexorablemente, y devolverle la carne y el alma que Dios le dió para que con ellos reaccionara de una forma que podrá parecer mejor o peor, pero que, por lo menos, será humana. Mi primera impresión fue escribir una novela que plasmase el espíritu de aquellos días, pero de ello se ha hablado y escrito mucho. Preferí, pues, el relato corto que me permitiera presentar al lector los personajes que pasan por mis dieciocho narraciones de una forma sencilla a la vez que con el calor y la humanidad del momento vivido.

—¿Qué prefiere más: lo humano o lo heroico?
—En las narraciones prefiero más lo humano que lo heroico, y especialmente cuanto se refiere a inquietudes sociales y religiosas. Considero que las novelas han de tener una trascendencia espiritual y no limitarse a una contemplación estética de la vida. De los escritores extranjeros prefiero a Maxensén, Van der Meersch, Graham y Green, entre otros. Sánchez Mazas, Cela, Pombo Angulo, Tomás Salvador y García Serrano son, entre otros, los escritores españoles que leo.

—¿Emplea mucho tiempo en escribir sus obras?
—Aproximadamente, tres meses. Un mes en cada fase del libro. Primero el borrador, luego copiarlo de nuevo con las emendas necesarias y, por último, modificaciones y correcciones.

—¿Sus libros le dan para vivir?
—Hasta el momento presente no, pero me ayudan a ello.

—¿Le agrada que alguno de sus libros fuera al cine?
—Pues sí. De uno de ellos, "La Sierra en llamas", fueron adquiridos los derechos para llevarlo a la pantalla. No sé lo que habrá pasado, pues hasta la fecha no tengo noticias de que se esté trabajando sobre esta novela.

—¿Su mayor deseo?
—Llegar a ser un autor conocido y abrirme así el difícil camino de las editoras.

C. HERRAIZ

Santiago Córdoba



Díganos la verdad

"Yo escribo para los que suben y bajan las escaleras; es decir, para todos; pero me obsesiona la psicología colectiva"

J. MARTÍN ARTAJO

Abogado, escritor, promotor de empresas... Javier Martín Artajo acaba de lanzar un libro que titula "No me cuente usted su caso".

—¿Es una colección de casos?

—No. Son impresiones vividas y hechos reales, trenzados en un sencillo argumento novelesco.

—¿Los personajes son reales o imaginarios?

—Ciertamente reales y muchos nombres auténticos; pero los protagonistas pierden su personalidad para simbolizar a todos los que sufrieron por mantener su fe y permanecer fieles a su Patria.

—¿Cuál es el episodio más emotivo que recoge?

—Para mí, el capítulo titulado "El 16.924", porque éste es número que figura en la ficha de hospicio de mi hijo primogénito y que guardo como reliquia en la vitrina de la sala.

—¿Para el lector?

—Cada lector verá con más emoción su propio "caso" en cualquier otro episodio.

—¿Qué le ha preocupado más al escribir este libro?

—Que pudiera resultar interesante leerlo. Es decir, que mi pluma supiese traducir situaciones tan trágicas y sentimientos tan íntimos.

—¿Usted es hombre de lucha o de guerra?

—Siempre me he encontrado donde había camorra: en la Universidad, en la vida política... Por naturaleza soy pacífico, pero si hay que defender los ideales con la palabra o con la mano...

—¿Usted escribe para los de arriba o para los de abajo?

—Yo escribo para los que suben y bajan las escaleras; es decir, para todos; pero me obsesiona la psicología colectiva. Por eso en el libro, a



través de accidentes superficiales, pretendo calar en la explicación de fenómenos sociales tan tremendos como los que se dieron en la guerra civil.

—Por ejemplo.

—Doy importancia decisiva a la táctica comunista de que el pueblo se manche las manos en sangre para que no se pueda volver hacia atrás. Eso explica infinidad de crímenes que sin tal incitación no se hubieran cometido.

—¿Y el pueblo está simbolizado especialmente en algún personaje?

—Sí, en efecto; un labrador que muere de bronconeumonía en la cárcel de Porlier ha sido para mí una figura representativa del pueblo español.

—¿Prepara algún otro libro?

—Ahora vuelvo a trabajar en mis cosas para ganarme la vida y sacar algún ahorrito para poder volver a sacar otro libro, porque el ser escritor me va pareciendo un vicio muy caro.

—¿Es cierto que este libro pasa al cine?

—Efectivamente, me lo han pedido para llevarlo a la pantalla. Creo que hay en el argumento sobrado para atraer la atención del público.

—¿Le gustaría a usted?

—Desde luego. Principalmente para rendir el honor debido a los que cayeron en silencio y para que los chavales de ahora sepan apreciar la paz que disfrutaron.

—¿Su condición de abogado le facilita la labor como escritor?

—Mucho.

—¿Razón?

—Porque el abogado tiene que aguzar continuamente su penetración psicológica para ahondar en el "caso" que estudia.

—¿Y el escritor?

—Tiene que observar la vida, adentrándose en el pensamiento y en el corazón de los que le rodean. De ahí a escribir no hay más que un paso.

—¿Y cuál ha sido el paso más angustioso de su vida?

—Esto es difícil de contestar. Pero dejando a un lado los recuerdos íntimos, el más emocionante fue dar al volante para abrir las turbinas de una central eléctrica que contribuía a levantar. Todo salió como estaba previsto. La desconfianza del abogado cedió ante la seguridad de los técnicos.

—Su apellido, ¿le ayuda o le frena en la vida?

—Yo procuro en todas las manifestaciones de mi vida no ser más que Javier; el que me quiera así, que me coja, y el que no, que me deje. Esto no quita para que el apellido sea para mí honroso; pero prefiero guardarlo para que no se desgaste y para no ser "el otro".

—Muy bien, don Javier...

LIBROS

Premio Planeta 1954

EL género libre por excelencia de la literatura es hoy, más que nunca, la novela. ¿Hoy?... A Stendhal, que preguntaba si era lícito decir "nuestro héroe", creo recordar era Balzac quien le contestaba que hiciera lo que le viniese en gana; ya se vería luego el resultado. La libertad es aquí como una apuesta: se permite todo, pero también se compromete todo. Así, hemos llegado hoy a admitir que el novelista exponga cualquier clase de asuntos, use de todos cuantos recursos se le antojen, se tome la extensión que quiera, etc. Ya sé que hay quienes fruncen el ceño ante este panorama y hablan de decadencia. La novela actual, aun en sus mejores obras, les parece "un cajón de sastre", un baratillo en el que se codean el ensayo con la poesía, las teorías con el reportaje, etc.



Ahora mismo tengo aquí el libro de Ana María Matute, su segunda novela larga, distinguida este otoño con el premio de la Editorial Planeta (1). Ya cuando apareció su primera novela, "Los Abel", en 1948, tuve ocasión de ocuparme de ella y de vislumbrar una personalidad inquietante en aquella adolescente que, trago a trago, hacia beber el relato hasta las heces, inexorablemente. "Los Abel" era una novela realista, y, sin embargo...

Las sombras eran misteriosas, atenaba en los personajes un hábito irracional y ciego, el ambiente estaba ceñido de vaga superstición... Para una adolescente la vida no es, sin duda, algo muy claro; de todos modos, Ana María no parecía muy inclinada a conformarse con meras psicologías.

Este "Pequeño teatro" de ahora aborda francamente el camino contrario al del realismo. Francamente, digo, y tal vez no esté en lo cierto, porque la novela no se desase completamente de la tierra; al contrario, su escenario es un pueblo concreto, sus personajes tienen nombre y reaccionan con bastante propiedad humana, o al menos esta condición no ha intentado negársela la autora. Más bien parece haber querido omitir lo superfluo del realismo y llenar el hueco con sus propósitos simbólicos, en un curioso juego de indecisión y ambigüedad de cierto efecto.

Advertido esto, el meollo de la novela es una especie de farsa en la que cada personaje representa algo: vicio, virtud, fantasía, amor, belleza, etc. Como todas las farsas, ésta tiene su moraleja o, mejor dicho, sus moralejas. Para cada cual hay la suya y para todos una de carácter general, que bien puede expresarse como la pirandelliana "así es, así os parece". Marco, el personaje central, una suerte de fanfarrón sentimental y pícaro, trae a un pueblo lo que a cada uno de sus habitantes se le antoja imaginar de él. Con su marcha se lleva también algo de cada uno: la vida, por ejemplo, de una muchacha, la ilusión de un chico, etc. Bueno, también se lleva otras cosas, más modestas, pero más concretas. El viejo de los titeres aprovecha el ejemplo para sus filosofías...

Semejante empeño—fabular poéticamente el diminuto teatro de la vida—no está exento de riesgos en cuanto a cumplirlo con una novela. A mi juicio, es posible que pudiera lograrse de otro modo, mejor o peor que éste. En todo caso, Ana María Matute lo ha logrado con una gran autenticidad y con una originalidad indiscutible. Su estilo, ese maravilloso estilo que va rasgando en párrafos nerviosos el velo de las cosas, está aquí un tanto deformado por cierto patético énfasis, impuesto a todas luces por el tema.

¡Ah! Se me olvidaba: la libertad de la novela no pierde nada con "Pequeño teatro".

CELSE COLLAZO

(1) ANA MARÍA MATUTE: "Pequeño teatro".—Editorial Planeta, Barcelona, 1954.

CRITICA Y NOTICIA DE ARTE

MANUEL PREGO, EN LA SALA MACARRON.—Estamos delante de una pintura que tiene a su favor un proceso y que posee, por tanto, una buscada significación. La pintura contemporánea española vive, singularmente en Madrid, un momento de reposo, y decimos reposo por evitarnos otra palabra que rebaje unos méritos que fueron ciertos en un periodo y que han quedado en una fórmula, dentro de la cual, con muy ligeras variantes, se mueven varios pintores cuya paleta ha dejado de tener preocupaciones. Es fuera de la órbita madrileña de donde suelen venir las sorpresas, si sorpresa puede llamarse el hecho feliz de la búsqueda que acaso se acentúe más en la nueva presencia catalana que parece revivir los días venturosos de "Los cuatro gatos", y es ahora un pintor gallego, Manuel Prego—con reminiscencias a Jo Nonell—quien nos trae a las salas madrileñas una pintura con principio y con fin. Conocemos la pintura de este recoleto artista gallego hace años, varios años, y siempre en ella hemos asistido a la transformación de una paleta, lenta y segura transformación, de quien sabe en sacrificio cómo y de qué manera se alcanza la pequeña conquista de cada día. Y así hoy en esta su última Exposición encontramos un lenguaje plástico conseguido en el esfuerzo y en la soledad, fuera de los aires repetidos de las mismas glosas y de iguales comentarios. Si hubiésemos de hallar dos palabras que definieran la obra de Prego, elegiríamos éstas: claridad y luminosidad. Prego es el pintor gallego que sin renegos de origen hace una pintura universal, con signo geográfico determinado. Toda la escuela costumbrista del paisaje—Lloréns—o de los tipos gallegos—Juan Luis—aparece transformada para buscar otro tronco más amplio que el limitado recorte regional. Y no olvidemos que una pintura es regionalista, en pequeño calificativo, no porque la temática y anecdota de la composición lleve aparejada motivos concretos



"Vieja", óleo de Manuel Prego.

usuarios, sino porque su entidad pictórica está viada y subordinada a lo pequeño, incluso en la ejecución del cuadro. Prego es un pintor con aire universal, y esa definición está aprobada por su buena meditación ante la propia pintura, ante el obligado afán de hallar frente a cualquier pretexto de línea y color una categoría que eleve y dignifique, y transforme, un mundo inmediato en otro superior. Este mensaje del artista se repite frente a la clara ventana de sus cuadros, en donde la flor, la fisonomía huma-

na o el objeto denotan el esfuerzo realizado por quien persigue que el cuadro tenga una vida propia y no prestada por las circunstancias y la artesanía, aprendida de una vez para siempre. En Prego hemos atendido al hecho feliz de haber olvidado lo que sabía para, sabiéndolo, aprender algo más, ese algo más que palpita en la materia esparcida con temblor y que, como es de ley, no surge por azar, sino por larga digestión consigo mismo. La espátula—la temible espátula—está concebida y realizada con

propósito de servicio justo y necesario, y todo se desenvuelve en una atmósfera clara, diáfana, donde no caben grandes trampas ni grandes cartones. El dibujo queda limpio, y la pintura cumple con su deber de ser milagro en el pincel de este pintor que hace la reconquista de Galicia en la anécdota plástica.

EXPOSICIÓN DE PINTURA DE LOS ESTADOS UNIDOS.—En el Colegio Mayor Ximénez de Cisneros se ha inaugurado una interesante Exposición de pintura de los Estados Unidos. El certamen tiene varias reproducciones conseguidas por medios que dan muy aproximada idea del lienzo, que tienen por misión representar en salones la historia de la pintura en Norteamérica. Desde los pintores anónimos de la época colonial hasta el abstractista Dove, los más señeros artistas de Estados Unidos tienen su obra y su comentario. Pero estos fueron sencillamente expuestos, y aquí la sencillez es gran elogio, por boca del agregado cultural de la Embajada, mister Read, quien, en una amena charla, estudió a los pintores y a su obra, colocando a unos y a otros en el ambiente en que se desarrollaron, factor principal para el juicio. La Exposición posee un interés documental y otro pedagógico que tiene perfecto marco en el Colegio Mayor Ximénez de Cisneros.

GARRALDA, EN LA SALA CAMO.—Estamos ante una Exposición efectista, en donde el Sol y todas sus consecuencias son el eje primero de este pintor, que sólo pretende un fin decorativista, sin que el problema pictórico intervenga en una labor técnica a la que ayudan los tópicos paisajistas que guardan sabor sentimental del XIX.

LARA Y PLANES. EN LA SALA ALFIL.—El pintor Carlos Pascual de Lara y el escultor Planes son los bien elegidos artistas para la inauguración de una nueva sala de Exposiciones. Quede hoy sólo la noticia, en espera del comentario que merecen los dos expositores.

M. SANCHEZ-CAMARGO

Tres jóvenes licenciadas en Pedagogía han escrito su "Enciclopedia pequeña"

Un mundo prodigiosamente infantil



ejemplo, la Historia no tiene casi nombres. El niño no tiene idea del tiempo; para él son parejas las ideas de año y siglo. En la "Enciclopedia pequeña" se hace más bien una historia de la cultura; por ejemplo, la Edad Media está representada por los castillos, los grandes señores, las armaduras, las catedrales; ideas todas muy gratas a la imaginación infantil. Siempre se comienza una lección hablando de la anterior, para que el escolar no vea la Historia como una sucesión de eslabones rotos.

—La edición da la sensación de una preparación minuciosísima.

—Hemos tenido de cabeza a ese fantástico confectionador que es Luis Cancela. Hemos hecho un maquetado de cada página. Todo está estudiadísimo en este libro. Los grandes márgenes, muchos blancos, para no dar al niño sensación de agobio, para entrarle por los ojos las ideas amplias y ordenadas. Se ha tenido en cuenta la fatiga escolar; la tipografía ha sido especialmente estudiada, con el fin de que los tipos no confundan al niño a la hora de escribir. Se han empleado colores primarios y se ha redactado de tal forma que no sea posible aprender nada de memoria; todos son conceptos claros, explicados en lenguaje completamente familiar al niño, y que debe entender, no repetir como un papagayo. Claro que cuando las definiciones son precisas, se dan las definiciones.

UN MUNDO PRODIGIOSAMENTE INFANTIL

La "Enciclopedia pequeña" está encuadernada con unas tapas de materia plástica perfectamente flexible, tiene cara de cuento simpático y, para alegría de los niños, cada asignatura se busca con ayuda de un uñero pintado en el color correspondiente. Los dibujos, de Velasco, nos muestran un mundo prodigiosamente infantil, el verdadero mundo de monigotes y recortables de los niños; el tren, los pájaros, los caminillos, las nubes, los romanos, los elefantes, los osos o los borriquillos, son adorable monigotes de chiquillo, que el escolar copiará, a buen seguro, con ese gesto simpático de sacar la lengua para ayudarse en el esfuerzo de creación artística.

La escuela primaria española está de enhorabuena; los becarios del Consejo de Investigaciones no se preocupan sólo de cálculos infinitesimales y papirología; se preocupan también de enseñar deleitando a los futuros calculistas y a los futuros papirologos, a los que salvan, en buena hora, de la vieja tragedia del pretérito pluscuamperfecto de indicativo en la forma pasiva.

Pilar NARVION

TRES jóvenes licenciadas en Pedagogía, becarias del Departamento de Psicología Experimental del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, María del Rosario Correa, Josefina Rodríguez y Rita Heras, acaban de lanzar al estupendo mundo de las escuelas de primera enseñanza su "Enciclopedia pequeña", que con alegre cara de cuento para niños representa una revolución total en los actuales textos de primera enseñanza. Esta primera y gallarda salida de nuestras jóvenes universitarias al mundo complicado de la enseñanza de la tabla de multiplicar y los nombres propios, bien merece el relato de charla jugosa que hemos mantenido con María del Rosario Correa.

enseñado, ¿no te parece? Nos daba pena ver en manos de nuestros niños las terribles enciclopedias, todavía en uso, y decidimos hacer otra, según las normas de la pedagogía moderna.

¡AQUÍ EL PLUSCUAMPERFECTO!

—¿Qué es lo que no os gustaba de las enciclopedias de cuando erais vosotras niñas?

—La presentación, el lenguaje, el vocabulario... Aquel lio terrible del pretérito pluscuamperfecto de indicativo en la forma pasiva, que no había manera de entender.

—¿Y cómo habéis arreglado vosotras el pluscuamperfecto?

—Para el niño, sólo hay presente, pasado y futuro. No hay por qué complicar más sus ideas. La cabeza del niño es un caos que el educador, libro y maestro

ha de poner en orden. Muchas cosas ya las sabe; el libro le ayuda a ordenarlas.

—¿Por qué habéis puesto tanto empeño en que el libro resulte tan bonito?

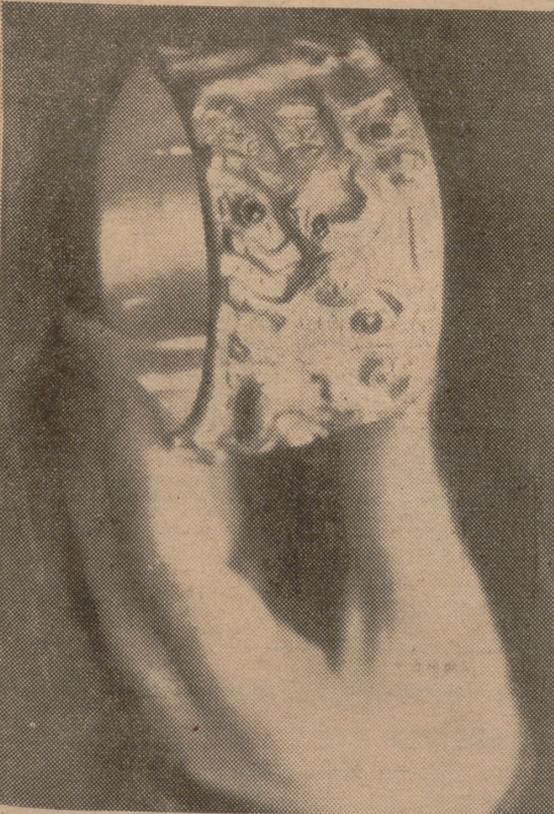
—Más que instruir, pretendemos educar estéticamente. Por ejemplo, fijate en estos pequeños textos literarios, tan alejados de aquellos feísimos versos de nuestra niñez, o de aquellas empalagosas y aleccionadoras fábulas tan poco simpáticas. Aquí encuentras la gracia fácil de Alberti, o el modernísimo "Elefante que lloraba", de Adriano del Valle; o el buen gusto de "La señora Luna", de Juana de Ibarbourou. Si nuestros niños son del siglo XX, es un poco anacrónico educarlos con fábulas del año de la nanita.

ORDEN, ESTÉTICA Y CLARIDAD

—¿Se ajusta el libro a algunas ideas fijas?

—Sí; orden, estética y claridad. Cada color para cada asignatura; pocas ideas, pero muy claras y machacadas. Hay modalidades fáciles de apreciar, por

SE LLAMA "ODISEA"



La casa Dinzi, de Milán, ha lanzado una pulsera en oro labrado según la técnica antigua. Lleva también algunas piedras incrustadas. La pulsera ha recibido el nombre de "Odisea", porque en ella se reproducen escenas del inmortal poema homérico

Distinguida Nuria María: Hace tiempo que pensaba escribir la pidiéndole un consejo de éstos tan acertados que usted sabe dar.

He tenido novio dos años, y hace siete meses hemos dejado las relaciones; al principio no sabía qué pensar, me parecía inconcebible su comportamiento, impropio de un chico cristiano y formal, como siempre fué. He tenido pruebas de que me quería de verdad, y pensábamos y habíamos hablado muchas veces de nuestra próxima boda, que se realizaría tan pronto se situasen sus padres como deseaban, puesto que él trabaja con su padre. Ahora que ha pasado el tiempo he comprobado que los culpables de la ruptura son sus padres, que quieren, según ellos, una chica de más categoría. Ellos se han convertido en nuevos ricos, pero nuestra cultura, educación y posición social son muy parecidas; advirtiéndole que somos algo de familia y nos hemos tratado siempre mucho.

Sus padres han intentado seguir la amistad como siempre, echándole toda la culpa a su hijo. Hipócritamente han querido hacerme ver que le tenían por su informalidad...; pero, al fin, ha caído la venda de mis

ojos, y veo clara la intervención egoísta de su madre.

El día que salimos por última vez le indique la conveniencia de devolverme las cosas, y como el tiempo pasaba y no lo hacía, hace cosa de dos meses se las pedi nuevamente por carta, no teniendo contestación.

¿Qué debo hacer? Mientras tenga mis fotografías y cartas tengo algo de esperanza, pues juzgo que si no le importara en absoluto me las habría devuelto.

Dándole las gracias anticipadamente, se despide afectuosamente.—P.

CONTESTACION

Juzgo muy natural su indignación, y es del todo reprochable la actitud de esos señores, pero hay que ser justos también y no considerarles los únicos culpables. Siento hacerle daño, pero debo ser sincera. ¿Cree usted de veras que si su novio la hubiera amado tan profunda y lealmente como usted a él hubieran servido de algo las tentativas pateras para alejarle? Pobre arma era de la que disponían y muy débil tuvo que ser el amor del muchacho para sucumbir. ¿Que usted era poca cosa para él...! Que podía aspirar a una mujer de más ca-



LA SENSACION DEL AÑO

Audrey Hepburn, la inolvidable princesa de «Vacaciones en Roma», entró por la puerta grande de la fama al obtener en marzo pasado el Oscar de la Academia americana; pocos meses después volvía a las primeras páginas de la Prensa con motivo de su novela de amor con Mel Ferrer, historia que terminó en boda felizmente. La atractiva Audrey se brindó amablemente a servir de modelo de alta costura durante la celebración de una fiesta benéfica. El encanto y la gracia que ha sabido prestar a su papel pueden apreciarse perfectamente en las fotografías que publicamos hoy.

De mujer a mujer

por NURIA MARIA



tegoría, económicamente... Débil arma, sí, que guardando equilibrio su cultura, la educación moral recibida, incluso el ambiente social en que siempre vivieron hasta hoy, no era capaz de derrotar un cariño fuerte y viril, de haber existido.

Mire, amiga mía. El egoísmo que impulsa a los padres a creer que todo es poco para sus hijos, es, hasta cierto punto, disculpable, o sea, que la conducta de los padres de su novio es algo perdonable, puesto que muchos padres la adoptan, cedidos por su amor. Lo que no es en modo alguno comprensible y perdonable es que un hombre que se diga enamorado y conoce a la perfección todas las cualidades de su novia, a la que sabe capaz de ser en todos los sentidos la mejor de las compañeras, por la simple sujeción familiar de que puede aspirar a una mujer más rica, rompa el noviazgo. Alegará usted en su defensa que dependía económicamente de sus padres... Esto, en la adolescencia, puede tener su importancia, pero no cuando un hombre está del todo formado ya, ¿no cree?

Resumiendo cuentas. Si quiere olvidar, dígame a sí misma, sin paliativos, que no era el cariño de su novio de los que, por entrañables, resisten todos los

combates, todos los reveses, y salen ilesos, acrisolados, en la lucha, que, en realidad, los robustece. El secundó la voluntad de los suyos. Por decir que la quería, es el verdadero culpable. Que no le haya devuelto sus cosas todavía puede ser simple remordimiento, afán de que no le crea tan débil como es. Prescinda de la devolución no efectuada y que no tiene importancia y deje de atribuirle un significado que sólo puede dificultar un olvido que, por dignidad, por orgullo, ha de querer conseguir cuanto antes.

CONTESTACION A CRISTINA DE LA PLAZA

Ha de tener usted en cuenta, mi buena amiga, que la panza, una vez humedecida, es de difícil manejo. Para que le quede lo mejor posible ese pantalón, empiece para lavarle jabón, en polvo disuelto en agua fría, que contendrá un chorrito de amoníaco, y para frutarlo use un copillo de cerdas duras. El aclarado ha de efectuarse con agua abundante.—A.

(Dirigid vuestras consultas a Nuria María. Apartado 12.141, Madrid.)

EL CASO del MARIDO OBSESIONADO



RESUMEN DE LO PUBLICADO.—Stephane Oiger, linda muchacha sin medios de fortuna, se dirige desde otra ciudad californiana a Los Angeles, y en la carretera pide que la conduzca al elegante conductor de un lujoso automóvil, que accede a su petición, y en el trayecto efectúa reiteradas ilusiones. Al pretender conquistar a la muchacha, ésta forcejea con él y sobreviene un grave accidente de circulación, en el que resultan numerosos heridos. El misterio comienza cuando Stephane es hallada herida, con el volante asido e impregnada de alcohol. No hay ni rastros del ocupante del auto; se averigua que el vehículo fue robado el día antes a un productor de Hollywood que se apellida Homan, y como las apariciones acusan a Stephane, una amiga de esta llamada Hortensia acude al celebre abogado Perry Mason, quien inicia las investigaciones con la colaboración de su amigo el detective privado Paul Drake. Su interés se centra sobre un tal Spinney, al que nadie ha visto y que se halla en contacto telefónico con Homan, y una extraña mujer llamada Lois Warfield, que llega desde Nueva Orleans en busca de un empleo, pues su marido se halla en la cárcel, sirviendo Spinney de enlace entre los dos conyuges. Tanto Jules Homan como su hermano Horace se muestran irreductibles en hacer recaer toda la responsabilidad sobre la joven Stephane, insistiendo en que el auto fue robado. Y llegan el tío de la muchacha, Oiger, y su prometido, Sterne, visitándola en el hospital. Mason, Drake y la secretaria del abogado, Della Street, sospechan de la señora Warfield. En otro cuarto del hotel en que esta se aloja aparece el cadáver de Spinney, muerto de un tiro cuando Mason acababa de averiguar que su verdadero nombre era el de Walter Lossten, y que que apareció Stephane Claire, según confirma ésta. Y la señora Warfield desaparece.

CONTINUACION (17)

a responder a las preguntas que le sean formuladas. Sin embargo, habida cuenta de los casos pendientes, me permito recordarle al abogado defensor que esa pregunta ya le ha sido formulada al testigo, de una u otra forma, varias veces.

—Exactamente —reconoció Mason— y espero que, en estos momentos, Su Gracia aprecie toda la importancia que ella tiene—se dirigió de nuevo al testigo—: Quedamos en que usted no hubiese podido bajar el cristal desde el exterior, ¿verdad, señor Corvis?

—No. Ni lo intenté siquiera. La ventanilla estaba abierta.

—¿Totalmente?

—Pues... sí.

—El auto era un "coupé" de cuatro asientos, ¿no es así?

—En efecto.

—¿Con dos puertas solamente?

—Sí.

—¿Y era la ventanilla lo suficientemente grande como para poder pasar por ella mi defendida?

—Si no lo hubiese sido, no habríamos podido sacarla.

El delegado del fiscal del distrito, que actuaba de acusador, dejó que los asistentes se recrearan con el espectáculo de su ancha sonrisa.

—Entonces —inquirió Mason—, ¿considera posible que otra persona pudiese escapar por aquella ventanilla antes de su llegada?

Corvis meditó por breves instantes y luego dijo:

—No lo sé.

—Pero si mi defendida salió por ella, ¿no le parece lógico que otra persona que viajase en el auto también pudiese hacerlo?

—No lo sé.

—La pregunta es argumentativa —protestó Hanley.

Mason sonrió.

—La retiraré, entonces. Los hechos hablan por sí mismos. Señor Corvis, ¿cuánto tiempo lleva usted ejerciendo las funciones de agente de tráfico?

—Cinco años.

—¿Supongo que durante esos cinco años habrá contado con bastantes oportunidades para ver autos, y fijarse en lo que es usual y anómalo en ese tipo de vehículos?

—Naturalmente.

—¿Y se ha tropezado muchas veces—dijo Mason, sonriendo—, en una carretera de montaña, en noche ventosa y fría, con un auto que ofreciese la ventanilla de su costado derecho completamente abierta, cuando la temperatura era tan baja que requiría de sus ocupantes encender la calefacción?

Hanley se puso de pie de un salto.

—¡Protesto! Esto no es un interrogatorio apropiado, Su Gracia. Al testigo no se le ha convocado como técnico, carece de tal personalidad. La pregunta del defensor exige una conclusión que el testigo no puede aportar, es argumentativa y...

—Aceptada la objeción—dijo el juez Corright—. El testigo no está calificado para responder a su pregunta.

Mason se limitó a sonreír. Había conseguido el resultado que se proponía.

—Es todo cuanto tenía que preguntarle, Su Gracia—dijo Corvis abandonó el estrado y otros testigos ocuparon el puesto para informar del accidente, testimoniando puntos de vista personales sobre el "coupé" de cuatro asientos que vieran aparecer a gran velocidad, sobre el brusco viraje para evitar la colisión con el sin poder eludir el encuentro con otro auto que venía por la tercera pista, sobre la marcha en zig-zag del "coupé" en los últimos momentos, excétera, etc. Salvo una excepción, ninguno de los testigos logró ver a la persona que guiaba el coche.

Estuvieron unánimes en reconocer que los acontecimientos se precipitaron en rapidísimas sucesión, y que todo ocurrió en un período de tiempo cortísimo.

Edith Lions, que viajaba en el coche que el "coupé" había tratado de pasar, relató las cosas de modo distinto. Era una joven de veintidós años, pelirroja, de rostro pálido y nariz respingona. Se expresaba de un modo nervioso y rápido. Dijo:

—Yo iba con mis padres. Los tres sentados en el asiento delantero. El "coupé" venía en la misma dirección nuestra a una velocidad terrible. De pronto se desvió a un lado para pasarnos. En aquel momento un coche que avanzaba en dirección contraria trataba de pasar a otro que también venía contra nosotros.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Hanley.

—Lo que han contado los otros testigos.

—Olvídense de eso y relátenos lo que vio usted, señorita Lions.

—Bueno, pues cuando el "coupé" trató de pasarnos se desvió hacia el otro lado de la carretera y entonces se enfrentó con el coche que avanzaba en dirección contraria.

—¡Siga!

—Entonces, el que venía trató de virar, pero no pudo evitar tropezar con el "coupé".

—¿Y qué le pasó a éste?

—Saltó disparado y chocó contra el bordillo de la carretera. Entonces volcó; al menos, esa fue mi impresión.

—¿Y qué hizo usted?

—Salté fuera de nuestro co-

Hanley al defensor, con aire de triunfo.

—¿Iba su padre guiando el auto, señorita? —preguntó Mason a la testigo.

—Sí, señor.

—¿Y usted dónde se sentaba?

—Al lado de mi madre.

—¿Iba su madre en medio?

—Sí.

—Entonces usted se sentaba en el extremo derecho, ¿no?

—Así era.

—¿Pasó el "coupé" por el lado izquierdo?

—Sí.

—¿Estaba oscuro?

—Naturalmente. Era de noche.

—¿El "coupé" de cuatro asientos se colocó por algún momento entre ustedes y las lu-

—¿Y el "coupé" qué velocidad llevaría?

—Por lo menos marcharía a ochenta o noventa millas.

—¿Y cuando usted la impresión de que se iba a producir un accidente?

—Cuando el "coupé" trataba de pasarnos, en el momento que ya estaba a nuestro lado.

—¿No fué entonces cuando se desvió súbitamente hacia la izquierda, saliendo disparado diagonalmente por la carretera?

—Sí.

—¿Y con los focos que la deslumbraban desde diversas direcciones, mientras su padre luchaba por hacerse con el coche, pudo usted, yendo sentada en el extremo derecho, ver el interior de aquel "coupé" que marchaba a toda velocidad?

—Creo que sí.

—Pero el "coupé" marchaba a bastante más velocidad que el coche de ustedes. ¿Tuvo de él una visión fugaz o no?

—Bueno; le vi muy rápidamente.

—Su padre y su madre, sentados en el mismo asiento que usted, se interpondrían en su línea de visión. ¿O no?

—Es que yo alargué el cuello para mirar.

—¿En qué dirección? ¿Miraba hacia adelante, hacia donde estaban sus padres o hacia atrás?

—Papá trataba de mantener el dominio del coche, y mamá levantó los brazos gritando. Creo que debí mirar por entre ellos.

—¿Y en aquellos instantes, otro auto chocaba con el "coupé"?

—Sí, señor.

—¿Y no cree usted que en estas condiciones, sus impresiones fuesen confusas?

—No, señor. Ella iba guiando el auto. Yo la vi.

—¿Iba sola?

—Pues... yo vi cómo ella conducía...

—¿No puede precisar algo más, señorita Lions? Si tuvo tiempo de ver a la mujer que conducía el coche y el tipo de sombrero con que se tocaba...

—Me parece que la acompañaba un hombre.

—¿Dónde se sentaba ese hombre?

—Al lado de ella.

—¿A su izquierda o a su derecha?

—A su derecha, por supuesto. Si ella iba frente al volante, él no podía ir sentado a la izquierda—explicó la testigo triunfalmente.

—¿Y no recuerda cómo iba vestido el hombre?

—No llevaba sombrero.

—¿Y qué me dice de la ventanilla del lado derecho? ¿Estaba abierta o cerrada?

—Abierta. Habían bajado el cristal.

—¿Pudo fijarse bien?

—Claro.

—¿Está segura de que el hombre no llevaba sombrero?

—Bueno; creo recordar que iba con la cabeza descubierta.

—Pero, ¿segura no está?

—No; segura, no.

—¿Y cómo entonces se acuerda con tanta precisión del estilo del sombrero de mi defendida?

—No sé. Pero de eso sí me acuerdo muy bien.

—Pero del hombre, no. ¿verdad? Incluso es posible que ni siquiera esté segura de que a mi defendida le acompañaba un individuo en el coche.

—No; de eso, sí. Iba un hombre con ella.

—Oigame, señorita Lions, cuando la interrogó el fiscal, ¿no afirmó usted que en el "coupé" no iba nadie más que mi defendida?

—¿Cómo?... ¡No!

Mason continuó volviendo la cabeza:

—¿Quiere el relator del Tribunal leer, por favor, las preguntas y respuestas de entonces alusivas a este punto?

El relator volvió unas cuantas páginas.

—Aquí está. Pregunta: "¿Y no vio a ninguna otra persona en el "coupé"?" Respuesta: "No, señor."

—¿No fué eso lo que le respondió al fiscal? —indagó Mason sonriendo.

—Bueno... supongo que sí. La verdad es que no me acordé de ese hombre hasta que usted me lo preguntó. Lo veo ahora perfectamente, sentado, sin sombrero. Era un individuo ya maduro, de unos treinta años o cosa así.

—¿Y qué me dice de los autos que venían en dirección contraria a ustedes? ¿Recuerda quiénes los conducían?

—Uno lo guiaba un hombre y el otro una mujer.

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buho".)



che en cuanto mi padre frenó.

—¿Corrió hacia los vehículos que habían chocado?

—No. Pasé algún tiempo sorteando los coches que se habían congregado. Luego corrí hacia la pendiente por donde había caído el "coupé".

—¿Qué vio?

—Tardé un rato en poder localizarlo, hasta que, al fin, lo divisé volcado de un lado al final de la pendiente.

—¿Vio a alguna persona?

—En aquel momento, no.

—¿Y más tarde?

—Sí, señor.

—¿A quién?

—A esa mujer que está ahí sentada—dijo, señalando a Stephane Claire.

—¿Dónde estaba y cómo pudo usted verla?

—Enfocaron el auto con una luz. La mujer estaba en el asiento delantero.

—¿Y no vio a ninguna otra persona en el "coupé"?

—No, señor.

—¿Logró distinguir quién guiaba el "coupé" cuando éste trató de pasarnos?

—Sí, señor.

—¿Quién era?

—Una mujer. Sólo pude darme cuenta que llevaba el mismo sombrero que después vi en la acusada.

—¡Interrogue usted! —invitó

ces de algún auto que avanzara en dirección contraria?

—¿Qué quiere decir?

Mason repuso:

—El relator del Tribunal le leerá la pregunta. Haga el favor de escuchar atentamente.

El relator repitió con voz clara la pregunta del abogado.

—¿La entendió? —indagó Mason.

—Sí.

—¿Qué responde?

—Pues... creo que no. Aunque se veían innumerables luces. Parecían venir de todas direcciones.

—¿A qué velocidad marchaban ustedes?

—A cuarenta millas por hora.

—Sí, señor.

—El auto de ustedes derrapó, instantes después de producirse la colisión, ¿verdad?

—Sí; casi dió media vuelta sobre su eje.

—¿Y no fué proyectado hacia el lado derecho de la carretera?

—Sí, señor.

—Pero el "coupé" se había desviado hacia el otro lado, hacia el izquierdo, ¿verdad?

—Sí.

—¿No marchaba éste a cuarenta o cincuenta millas por hora más que el de ustedes?

—Poco más o menos, eso sería.

—¿Para ver el "coupé" usted tendría que mirar por el cristal delantero de su auto, por el parabrisas?

Solución al gran crucigrama silábico NUMERO 26

HORIZONTALES.—1: Estelares. Inmodesto. Carabela. 2: Calamitoso. Tadleto. Botánico.—3: Pa. Na. Lares. Gu. Reta. Llamen.—4: Dogal. Ve. Plantárase. Mondada. Za. 5: Vaticinador. Doma. Ta. Bese.—6: Peno. Nota. Es. Nalón. Tahall.—7: Tl. Ex. Limitrofe. Goma. Chacota.—8: Mercece. Cio. Fanega. Lema. Sa.—9: Trepidante. Re. Ce. Tacticamente.—10: Tle. Jiloca. Repaso. Len. Teme.—11: Horadado. Malar. Ligamentoso. Ra.—12: Cl. Ta. Sura. Reno. To. Llovería.—13: Cucaracha. Discordia. Rapaza. 14: Dona. Vena. Cota. Col. Li. Tira.—15: Caritativo. Doblegar. Zapatilla.

VERTICALES.—a: Escapado. Petimetre. Hociudo.—b: Tela. Galvano. Repitiera. Canaca.—c: Lámina. Tl. Excedan. Datará. Ri.—d: Resto. Vecino. Tejido. Chaveta.—e: Sola. Natalicio. Lo. Su. Natl.—f: In. Resplandor. Mi. Recámara. Vo.—g: Mota. Ta. Estrofa. Lar. Disco.—h: Desfigurado. Feneceré. Recortado.—i: Tole. Semana. Ga. Palmodia. Ble.—j: Te. Longo. Soga. Colgar. k: Ca. Remonta. Maleta. Mentora.—l: Rabotada. Ta. Macilento. Paliza.—m: Beta. Da. Hacha. Ta. Solloza. Pa. n: Lanilla. Belicosamente. Ve. Titl.—ñ: Comenzase. Ta. Temeraria. Ralla.

MUNDO Ligero



"La subida de las aguas amenaza los puentes del Sena." (De los periódicos.)

El Sena se le ha subido a París a las barbas. Que las barbas de París estén en sus orillas es cosa que no extraña a nadie, por su aire desflechado y bohemio. Las barbas son así, o senatoriales e imponentes, cosa que también sucede en París, la tierra de la Academia y de la Gran Legión de Honor. Pero no son éstas las barbas del río, sino las otras, las artistas, las que asoman a las ventanas de la Rue Jacques o de la plaza de Saint Germain, como banderas enemigas del señor Gillette. Que el arte esté, en París por lo menos, directamente enlazado con el Abrótano Macho, es cosa que se debe reconocer, aunque no se comprenda. Sólo Picasso se ha atrevido a raparse la cabeza, sin abandonar por ello la explotación del óleo. Pero Picasso no es un pintor; Picasso es una escuela. Con una escuela no reza ninguna clase de establecidas abstenciones hacia el gremio de peluqueros.



Los peluqueros, en París, se vengan de los abstencionistas, por el sencillo procedimiento de peinar a sus mujeres. Los grandes artistas de París, desde Leger al pobre Utrillo—al que peina la "bonne Lucie"—, desdennan su remate piloso, y lo abandonan, indiferentes, a la ira de los elementos, como los escudos hacen con sus alrones. Y, en realidad, estos, y los artistas lo saben. Un paseo por la "rive gauche" admira, sobre todo, por la intensidad de fondo que son capaces de alcanzar las melenas y barbas de sus artistas. Después, uno se admira, o no, ante sus obras; pero la admiración ante sus apéndices es previa y mucho más espontánea.

La orilla derecha es mucho más lampiña; acaso porque la orilla derecha sea, casi exclusivamente, la de las mujeres. Paquin, Worth, aquel fabuloso Jacques Fath, que se retrataba sobre tigres y que danzaba el clásico más helénico sobre la estatuaría de sus maniqués, vivían para las mujeres; que, incidentalmente, viviesen de ellas, es algo, asimismo, muy parisino. Cerca del río, en la orilla derecha de los Drouet, habitaba también algún banquero, pero tenía que hacer esfuerzos inverosímiles para no dejar de serlo, tal como se ponían los precios. Esa parte de París—el París parisino—lo justifica todo. Incluso la expulsión de Eva del Paraíso, ante la amenaza de quiebra producida una vez que Eva se dió cuenta de que podía vestirse.

El París "parigod" es menos conocido, y más viril. El "Parigod" es el parisino de "Mon homme", el que arrastraba, a fuerza de majeza, a las enamoradas detrás de él. También esto tiene relación con los excesos capilares que hemos apuntado en la otra orilla, puesto que las arrastraba por las cabelleras; pero era bajo el imperativo de la java. La java viene a ser el himno nacional del "Parigod", un hombre bravo, que, si no asalta la Bastilla, es porque la experiencia le ha enseñado que resulta mucho más práctico escaparse de ella.

Pero el Sena los unía. De una a otra orilla se saludaban los hoteles lujosos, las "caves" de Saint Germain, la Tour d'Argent y la Discoteque. Si Sartre no saludó es porque Sartre, ya se sabe, es enemigo del agua. Como todo hombre que tiene perfil de pez.

¿Qué sucederá si el río cubre los puentes? Quizá, en vez de unirlos, produzca la separación absoluta de las dos orillas y solamente las torres de Notre Dame emerjan de ellas, como una isla de esperanza, que no en vano, desde los tiempos de Saint Denis, se viene llamando la isla de Francia.

(Dibujo de "Serny".)

M. P. A.



JAPON, SIEMPRE

Siempre, desde la geisha de la primera fotografía—la geisha de Butterfly y de su barco imposible—hasta el pequeño Samurai de la segunda, que aprende, bajo la sonrisa protectora de todos los dioses familiares, a rebanarle el cuello a sus enemigos, de acuerdo con las antiguas y nobles tradiciones. Y, sobre todo, hasta el perfil sonriente de Yoko Tani, japonesita nacida en Francia, actriz de teatro, protagonista de la tercera fotografía, y con línea sobrada para que al imperio del sol naciente no le importe transformarse en el de la noche que muere, en París. Que muere, rendida ante Yoko Tani, que tampoco está mal como sol.

